

## V

Menor era todavía la importancia de Italia, dividida toda ella en pequeños Estados, impotentes para reunirse en uno y formar una verdadera nacionalidad. Nápoles no tenía vida propia, sujeto á la casa de España, y el yugo austriaco pesaba sobre Milan y Lombardía. El pueblo de los Césares había desaparecido, y Roma no era ya sino el centro y la capital de una idea religiosa. Roma era la Delfos de la edad moderna, adonde cada gabinete acudía á consultar los oráculos favorables á su causa y los pagaba, enriqueciendo así á los miembros del sacro colegio. La Ciudad Eterna era el centro de la diplomacia, y todas las ambiciones mundanas acudían allí á rendirle vasallaje para engrandecerse; de suerte que la corte romana podía poner en conmoción á toda la Europa católica, pero era impotente para gobernarla. Una aristocracia electiva de cardenales, rivales perpetuos unos de otros y nombrados la mayor parte por las potencias extranjeras; una monarquía electiva cuya cabeza era un papa, elegido siempre entre los más ancianos del consistorio, para que su muerte siguiese muy de cerca á su exaltación á la tiara: hé aquí el gobierno temporal de los Estados romanos. Reunía en sí este gobierno todos los vicios del absolutismo á todas las debilidades de la anarquía. Sus consecuencias eran las que debían ser necesariamente, á saber: la servidumbre en el Estado, la mendicidad en el gobierno, y una espantosa miseria en los pueblos. Roma se hallaba reducida á no ser más que la gran municipalidad católica, y su gobierno una república de diplomáticos. Véase allí, en un templo enriquecido con los dones de toda la cristiandad, un soberano y unos embajadores; pero no se hallaba en ninguna parte ni pueblo, ni tesoro, ni ejército. Lo único que restaba era una sombra veneranda de la monarquía universal, sueño dorado de los papas en los primeros siglos del catolicismo, y á cuya consecución habían dirigido constantemente sus esfuerzos, pero de la cual no les había quedado más que la capital y la corte.

Venecia tocaba ya á su decadencia, pero la falta de vitalidad y el fúnebre silencio de su gobierno no la dejaban percibir su caducidad. Este gobierno era una aristocracia soberana basada en la corrupción del pueblo, sostenida por las delaciones, sin otro nervio que el espionaje, sin más prestigio que el misterio, sin más fuerza que el cadalso. Este gobierno se sostenía por el terror y por el deleite, régimen caprichoso y único en el mundo. La policía era una confusión completa de todos contra todos, y sus calabozos, llamados los *Plomos*, en donde se entraba de noche por el *Puente de los Suspiros*, eran semejantes al infierno, porque los que tenían la desgracia de entrar en ellos no volvían á salir jamás. Las riquezas de Oriente habían afluido á Venecia á la caída del Bajo Imperio, y esta ciudad había llegado á ser el refugio de la civilización griega, pudiendo llamarse desde aquella época la Constantinopla del Adriático. Las artes de Grecia en decadencia habían emigrado allí desde la antigua Bizancio, y con ellas también todo su comercio. Sus maravillosos palacios, batidos por las olas, estaban apiñados en un estrecho recinto, y esta ciudad era semejante á un navío anclado, en el cual se había refugiado un pueblo generoso, arrojado de su patria y cargado de inmensos tesoros. Venecia parecía inexpugnable, pero ninguna influencia tenía sobre el resto de Italia.

La república de Génova, más borrascosa y más popular que la anterior, subsistía en fuerza de su marina y de su comercio. Encerrada entre estériles montañas y un golfo sin litoral, no era ya sino un pueblo de marineros. Sus palacios de mármol, construidos en forma de anfiteatro sobre unas escarpadas orillas, miraban todos á la mar, que era su único territorio. Los retratos de los dux y la estatua de Andres Doria le recordaban continuamente que sus riquezas y su gloria habían venido del otro lado de los mares, y que únicamente en aquel elemento podía buscar otras nuevas. Sus murallas eran inexpugnables y sus arsenales brillantes, pudiendo llamarse esta ciudad la ciudadela del comercio.

La Toscana, país dichoso, civilizado é ilustrado por los Médicis, modernos Pericles de Italia, era sabia, agrícola é industriosa, pero absolutamente ignorante del arte militar. La casa de Austria la gobernaba por medio de sus archiduques, y aquellos príncipes del Norte, transportados á los palacios edificadas por los Pitti y por los Cosmes, adquirían muy pronto las costumbres dulces y elegantes de los toscanos. El clima voluptuoso y la serenidad risueña de las colinas de Florencia dulcificaban allí á la misma tiranía, y sus príncipes se convertían muy pronto en sensuales ó en sabios. Florencia, ciudad de Leon X y centro de la filosofía y de las artes, había transformado hasta la religion. El catolicismo, tan duro en España, tan sombrío en el Norte, tan austero y literal en Francia y tan popular en Florencia y en Roma, se había convertido bajo el gobierno de los Médicis y bajo la influencia de los filósofos griegos en una especie de teoría platónica y luminosa, cuyos dogmas no eran sino símbolos sagrados, y cuyas ceremonias no eran otra cosa que una voluptuosidad del alma y de los sentidos. Las iglesias de Florencia se asemejaban más á museos del Crucificado que á unos templos. Numerosas colonias de artistas de todas clases habían emigrado de Grecia á la entrada de Mahomet II en Constantinopla, y se habían establecido en Florencia, en donde habían prosperado mucho. El pueblo situado á orillas del Arno era otra nueva Atenas muy poblada, y que como la antigua estaba cubierta de templos, de pórticos y de estatuas.

Leopoldo, príncipe filósofo dedicado al estudio del gobierno de los hombres y á la práctica de las teorías de la nueva economía política, aguardaba allí el momento en que debía subir al trono imperial de la casa de Austria. Su destino no debía dejarle allí por largo tiempo. Este príncipe era el moderno Germánico de Alemania, y la filosofía no debía hacer otra cosa que enseñarle al mundo, después de habérselo prestado á Italia por algunos años.

Los Estados del Piamonte, cuyas fronteras penetraban bastante en Francia por los valles de los Alpes, y que por el otro lado llegaban hasta las murallas de Génova y hasta las posesiones austriacas confinantes con el Po, eran gobernados por la casa de Saboya, una de las más antiguas de Europa. Esta monarquía, enteramente militar, tenía su campo atrincherado en Turin, que era la capital. Las llanuras que ocupaba en Italia han sido en todas épocas y debían continuar siendo en lo sucesivo el campo de batalla entre austriacos y franceses. Sus posesiones eran las llaves de Italia. Acostumbrado este pueblo á la guerra, necesitaba estar siempre armado para su propia defensa, ó para unirse como auxiliar á una de aquellas dos potencias, cuya rivalidad era la única garantía de su independencia. Constituía su fuerza el espíritu marcial de que estaba dotado, así como su debilidad consistía en tener la mitad de sus posesiones en Italia y la otra mitad en Francia. Toda la Saboya

debe reputarse como enteramente francesa. tanto por su idioma como por su procedencia y costumbres. En todas las grandes conmociones del mundo, la Saboya debia desunirse de Italia y caer por su propio peso hacia nuestro país. Son los Alpes una frontera demasiado necesaria á los dos pueblos para que puedan pertenecer exclusivamente á uno solo; si sus vertientes meridionales dan á Italia, las septentrionales dan á Francia. Las nieves, el sol y las aguas han trazado así la division de los Alpes entre los dos pueblos. La política no prevalece largo tiempo ni impunemente contra la naturaleza. La casa de Saboya no es bastante poderosa para mantener la neutralidad de los valles de los Alpes y de los caminos de Italia, y aunque puede engrandecerse en este país, no puede ménos de estrellarse en Francia. Unida la corte de Turin á la casa de Francia por el doble matrimonio de los condes de Artois y de Provenza, hermanos de Luis XVI, con dos princesas de Saboya, las relaciones entre estas dos potencias eran muy íntimas. La corte de Turin estaba, sin embargo, más que ninguna otra de Italia bajo la influencia clerical; así es que aborrecia por instinto todas las revoluciones, porque todas amenazaban su existencia. Tanto por espíritu religioso como por espíritu político y por sus relaciones de familia, debia ser Saboya el primer foco de conspiracion contra la nacion francesa.

## VI

Otro existia en el Norte, que era Suecia. Allí no era una servidumbre supersticiosa al catolicismo, ni un interes de familia ó de nacionalidad, lo que alimentaba los sentimientos hostiles del rey contra la revolucion; otro sentimiento más noble era el que le impulsaba, y consistia en la gloria desinteresada de combatir por la causa de los tronos, y sobre todo por la de una reina cuyas desgracias y belleza habian cautivado y enternecido el corazon de Gustavo III. Era ésta la última llamada de aquel espíritu de caballería que ofrecia su espada á las mujeres desgraciadas, su socorro á las víctimas y su apoyo al buen derecho de los débiles. Extinguido en el Mediodía, brillaba por última vez en el Norte, en el corazon de un rey.

En la política de Gustavo III habia algo del carácter aventurero de Carlos XII. La Suecia de los Wasa es el país de los héroes; pero cuando el heroísmo no guarda proporcion con el genio y los recursos del que está dotado de él, se asemeja mucho á la demencia. Así es que habia de uno y otro en los proyectos de Gustavo contra Francia. Esta locura era, sin embargo, noble como su causa y grande como su valor. Gustavo estaba acostumbrado por las vicisitudes de su suerte á tentar empresas atrevidas y desesperadas, que, coronadas por un feliz éxito hasta entónces, hacian que no hallase nada imposible. Este rey habia hecho una revolucion en su reino, y habia desafiado él solo al coloso de Rusia: si Austria, Prusia y Turquía le hubiesen secundado, Rusia hubiese hallado un obstáculo en el Norte. Abandonado por primera vez por sus tropas y prisionero en su tienda por sus generales sublevados, habia escapado de sus manos y se habia dirigido solo á buscar el apoyo de sus fieles soldados; su elocuencia y su magnanimidad habian hecho surgir de la tierra otro ejército nuevo; habia castigado á los traidores, reunido á los débiles bajo su bandera, y despues de terminar la guerra habia vuelto á Stockolmo á recibir los honores del triunfo de un pueblo entusiasmado. En otra ocasion, viendo destrozado su país por la preponderancia anárquica de la nobleza, habia resuelto

derribar la Constitucion desde el fondo de su palacio. Unido á este efecto con las demas clases del pueblo, se habia puesto espada en mano á la cabeza de las tropas, y reducido á prision al Senado en la misma sala de las sesiones; habia destronado, por decirlo así, á la nobleza y conquistado al trono las prerogativas de que carecia para defender y gobernar la patria con sólo su espada, y sin que se vertiese ni una gota de sangre, habia convertido á Suecia en una monarquía en el corto período de tres dias. La confianza de Gustavo en su propia audacia habia ido en



El duque de Brunswick.

aumento despues de este suceso, y el sentimiento monárquico se habia fortificado en él con todo el odio que tenia á los privilegios de la clase que acababa de derrocar de la altura en que se habia colocado á fuerza de concesiones arrancadas á otros monarcas más débiles. La causa de los reyes era la suya en cualquier país en que los tronos se viesan amenazados. Habia abrazado con ardor la de Luis XVI, y la paz que habia ajustado con Rusia le permitia dirigir sus miras y sus tropas hacia Francia. Su genio militar le hacia soñar en una expedicion triunfante en las orillas del Sena, punto que él habia designado en su mente para conquistar gloria. En su juventud habia estado en Paris de incógnito, con el nombre de conde de Haga, y se habia hospedado en Versalles. María Antonieta se hallaba á la sazón en todo el esplendor de su belleza y en todo el brillo de su juventud, y Gustavo se la figu-

raba ahora en su imaginacion humillada y cautiva en poder de un pueblo feroz. Libertar á esta señora, restablecer aquel trono y hacerse temer y bendecir en la capital, le parecia una de aquellas aventuras buscadas en otros tiempos por los reyes caballeros. Unicamente su erario era el que se oponia á la ejecucion de este intento. Estaba negociando un empréstito con la corte de España, atraia hácia sí los emigrados franceses que tenian alguna nombradía como militares, pedia planos al marqués de Bouillé y solicitaba de las cortes de Viena, de San Petersburgo y de Berlin que se uniesen á él en esta cruzada de reyes, no exigiendo otra cosa de Inglaterra que la más estricta neutralidad. Rusia le animaba en su empresa, y la misma Catalina creia que llegaba hasta ella la humillacion en que se hallaba el trono de Francia. Negociaba Rusia, contemporizaba Austria, España temia é Inglaterra observaba. Cada nueva sacudida de la revolucion hallaba á Europa indecisa, y sus Estados monárquicos, vacilantes y faltos de buenos consejos y de oportunas resoluciones, ni sabian lo que debian temer, ni á lo que podian atreverse.

Este era el estado político de los gabinetes extranjeros respecto á Francia. Las disposiciones en que estaban los pueblos tocante á las nuevas ideas eran diferentes.

Al movimiento intelectual y filosófico de Paris respondia de rechazo otro movimiento europeo, y más todavía americano. España, dirigida por el conde de Aranda, adquiria las primeras luces del buen sentido general, y el gobierno habia empezado por expulsar á los jesuitas para salir con su intento. La nobleza española se ruborizaba al ver la olocracia sagrada de sus monacales, y Voltaire tenia correspondientes en Cádiz y Madrid. El contrabando del pensamiento era favorecido por los mismos que estaban encargados de evitarlo, y nuestros libros pasaban los Pirineos atravesando las nieves; de suerte que el fanatismo, acosado en su última guarida por las luces del siglo, conocia ya que su poder iba caducando en España. El mismo exceso de una tiranía sufrida por largo tiempo, predisponia allí los ánimos á la libertad.

En Italia, y hasta en Roma, el sombrío catolicismo de la Edad Media se iba iluminando con los reflejos de las luces de la época, y hasta jugaba con las armas peligrosas que la filosofía iba á volver muy pronto contra él. No parecia sino que, conociendo que empezaba á debilitarse, trataba de hacerse perdonar por lo mucho que habia dominado solo, usando de mil condescendencias con los reyes y con el siglo. Benedicto XIV, Lambertini, admitia de Voltaire la dedicatoria del *Mahomet*. Los cardenales Passionei y Quirini estaban en correspondencia con Ferney, y Roma recomendaba en sus bulas la tolerancia con los disidentes y la obediencia á los príncipes. El papa, halagando el espíritu del siglo, desaprobaba y reformaba la Compañía de Jesus. Clemente XIV, Ganganelli, abolia el orden de los jesuitas, confiscaba sus bienes, y encerraba á su general Ricci en el castillo de San Angelo, que era la Bastilla de los papas. Severo únicamente con los celadores exagerados de la fe, encantaba al mundo cristiano con su dulzura evangélica y con la gracia de su entendimiento; pero la chanza es la primera profanacion de los dogmas. La turba de extranjeros, sobre todo ingleses, á quienes su buena acogida atraia á Roma, hacia que penetrasen allí mezclados con el oro y la ciencia la indiferencia y el escepticismo, que destruyen las creencias ántes de minar las instituciones.

Nápoles, cuya corte era muy corrompida, dejaba el fanatismo para el pueblo; y gobernada Florencia por un príncipe filósofo, era la colonia en donde se hacian

los experimentos de las doctrinas modernas. El poeta Alfieri hacia representar allí sus dramas revolucionarios, y sembraba á mansalva desde aquel baluarte de la libertad sus máximas contra la doble tiranía de los papas y de los reyes, haciendo representar sus obras en todos los teatros de Italia.

Milan, en donde ondeaba la bandera austriaca, encerraba en su recinto una república de poetas y de filósofos. Beccaria escribia allí con más libertad que Montesquieu en Francia, y su obra *De los delitos y de las penas* era el acta de acusacion de todas las leyes de su país. Parini, Monti, Cesarotti, Pirdemonte y Hugo Foscolo, poetas jocosos, serios ó heroicos, ridiculizaban á los tiranos, se burlaban de la cobardía de sus compatriotas, ó cantaban en odas patrióticas las virtudes de sus abuelos y la próxima libertad de la patria.

Sólo Turin, adicto á la casa de Saboya, callaba y proscribia á Alfieri.

El pensamiento, libre hacia ya mucho tiempo en Inglaterra, habia producido allí costumbres muy severas, y la aristocracia conocia que era asaz poderosa para no verse perseguida jamás. Los cultos eran tan independientes como las conciencias, y la religion dominante no era sino una institucion política que, comprometiéndolo al ciudadano, dejaba al creyente obrar segun su libre albedrío. Hasta el gobierno era allí popular, con la diferencia de que el pueblo lo componian los más distinguidos ciudadanos. La Cámara de los Comunes se asemejaba más á un senado de nobles que á un foco democrático; pero este Parlamento se hallaba en un recinto sonoro y abierto para todos, en donde se discutian en alta voz, en presencia del trono, de la nacion y de Europa, las cuestiones más atrevidas sobre gobierno. La dignidad real, honrada en la forma y condenada en la esencia á una impotente inaccion, no hacia otra cosa que presidir aquellos debates y regularizar la victoria; de suerte que no era más que una especie de consulado perpetuo. La voz de los grandes oradores que se disputaban el manejo de los negocios de la nacion resonaba en toda Europa. La libertad toma su nivel en el mundo social, como los rios en el lecho comun del Océano. Un pueblo solo no es libre impunemente, ni tampoco se subyuga impunemente á un pueblo aunque sea solo; todo se compara y todo se iguala al fin.

## VII

Inglaterra habia sido intelectualmente el modelo de las naciones y la envidia del universo pensador. La naturaleza y sus instituciones le habian dado hombres dignos de sus leyes. Lord Chatham, tan pronto á la cabeza de la oposicion como á la del gobierno, habia engrandecido al Parlamento, hasta elevarle á las proporciones de su carácter y de su palabra. Jamás la libertad áspera de un ciudadano ante un trono, jamás la autoridad legal de un jefe de gobierno ante un pueblo, habian hecho oír otra voz semejante á los ciudadanos reunidos. Este era el hombre público en toda la extension y grandeza de la palabra, el alma de una nacion personificada en un solo individuo, la inspiracion de la multitud en un corazon de patricio. Su genio oratorio, como tambien su accion, tenian algo de magnánimo, y este hombre poseia el heroísmo de la palabra. El eco de los discursos de lord Chatham llegaba de rechazo á todos los puntos del continente. Las escenas borrascosas de las elecciones de Westminster removian en el fondo del pueblo el sentimiento terrible de sí mismo, y aquel gusto de turbulencia que se advierte en toda

grande reunion, y que ésta toma tan á menudo por un síntoma de verdadera libertad. Aquellas palabras de contrapeso al poder real, de responsabilidad ministerial, de leyes consentidas y de poder del pueblo, aplicadas en la actualidad por una Constitucion, y en los tiempos pasados por la acusacion de Strafford, por el sepulcro de Sidney y sobre el cadalso de un rey, habian resonado como recuerdos antiguos y como unas novedades enteramente desconocidas.

El drama inglés tenia por espectador al mundo. Los grandes actores de aquella época eran: Pitt, moderador de aquellas tempestades, órgano intrépido del trono, del orden y de las leyes de su país; Fox, tribuno precursor de la revolucion francesa, que propagaba sus doctrinas y que, asimilándolas á las revoluciones de Inglaterra, hacía que fuesen respetadas y miradas como sagradas por el pueblo inglés; Burke, orador filósofo, de quien cada discurso era un tratado de elocuencia, verdadero Ciceron de la oposicion británica, que muy pronto debia volverse contra los excesos de la revolucion francesa y maldecir la nueva religion en cuanto viese inmolada una víctima; finalmente, Sheridan, calavera elocuente, grato al pueblo por su ligereza y por sus vicios, que seducia á su país en lugar de sublevarle. El calor de los debates sobre las guerras de América y de la India daba un vivo interes á las borrascas del Parlamento.

La independencia de América, conquistada por un pueblo nuevo, las máximas republicanas en que fundaba su gobierno, el prestigio que iba unido á aquellos nombres desconocidos hasta entónces, á quienés hacía mucho más grandes la distancia que las victorias que obtenian, como Washington, Franklin y Lafayette, héroes en la imaginacion del pueblo; aquellos sueños de sencillez antigua, de costumbres primitivas y de libertad heroica y pastoral á la vez, que la moda y la ilusion del momento traian á Europa desde el otro lado del Atlántico, todo esto contribuia á fascinar el espíritu del continente y á imbuir en el ánimo de los pueblos el desprecio á las instituciones que les regian, entusiasmándolos á favor de una renovacion social.

Holanda era el taller de los innovadores, que al abrigo de una completa tolerancia religiosa, de una libertad casi republicana y de un contrabando tolerado, iban á imprimir allí todo lo que no podia recibir publicidad en Paris, en España, en Italia ó en Alemania. Desde la época de Descartes, la filosofía independiente habia buscado un asilo en Holanda. Bayle habia popularizado allí el escepticismo, y aquel país se habia convertido en la tierra sagrada de la insurreccion contra los abusos del poder, hasta que finalmente llegó á ser un foco perenne de conspiraciones contra los tronos. Todo el que queria emitir un pensamiento sospechoso, lanzar un dardo ú ocultar su nombre, se valia de las imprentas holandesas. Voltaire, Rousseau, Diderot, Helvecio, y hasta el mismo Mirabeau, habian ido á naturalizar sus escritos en aquel país clásico de la publicidad. La máscara del anónimo con que se cubrian estos escritores en Amsterdam no engañaba á nadie, pero bastaba á su seguridad. Todo crimen del pensamiento era allí inviolable, y Holanda era á un mismo tiempo el asilo y el arsenal de las nuevas ideas. Un comercio de libros activo é inmenso especulaba en aquel país con los trastornos de las religiones y de los tronos. El prodigioso consumo de libros prohibidos que este comercio esparció por todo el mundo, probaba suficientemente la alteracion, cada dia mayor, de las antiguas creencias en el espíritu de los pueblos.

## VIII

En Alemania, país de la contemporizacion y de la paciencia, los espíritus, tan calmosos en la apariencia, tomaban parte con un ardor serio y reconcentrado en el movimiento general del espíritu europeo. El libre pensamiento adoptaba allí las



Aspecto de la Asamblea legislativa en sus primeras sesiones.—Pág. 172.

formas de una conspiracion universal envuelta en el misterio. Alemania, sabia y amiga de la etiqueta, gustaba de dar á su insurreccion todas las apariencias de la ciencia y de la tradicion. Los adeptos á las nuevas ideas imitaban en sus conciliábulo las iniciaciones de los misterios egipcios y las evocaciones místicas de la Edad Media; allí se pensaba como se conspira en otros países, y la filosofía marchaba cubierta de símbolos y de figuras, sin que se quitase la venda que cubria sus ojos sino en las sociedades secretas, de que eran excluidos todos los profanos. Los prestigios de la imaginacion, tan poderosos sobre la naturaleza ideal y reflexiva de los alemanes, servian de cebo á las nuevas verdades.

Federico el Grande habia hecho de su corte el centro de la incredulidad reli-